

Andrés Alonso Castillo

LOS ÁNGELES DEL MAR



Ediciones Corona Borealis

Los Ángeles del Mar - Andrés Alonso Castillo

© 2014, Andrés Alonso Castillo

© 2014, Ediciones Corona Borealis

Pasaje Esperanto, 1

29007 - Málaga

Tel. 951 088 874

www.coronaborealis.es

Maquetación y diseño editorial: Georgia Delena

www.maquetacionlibros.com

Imagen cubierta: sill © magdal3na - Fotolia

Primera edición: Septiembre 2014

ISBN: 978-84-15465-69-0

Depósito Legal: MA 1809-2014

Distribuidores: <http://www.coronaborealis.es/?url=librerias.php>

Todos los derechos reservados. No está permitida la reimpresión de parte alguna de este libro, ni tampoco su reproducción, ni utilización, en cualquier forma o por cualquier medio, bien sea electrónico, mecánico, químico de otro tipo, tanto conocido como los que puedan inventarse, incluyendo el fotocopiado o grabación, ni se permite su almacenamiento en un sistema de información y recuperación, sin el permiso anticipado y por escrito del editor.

Printed in Spain - Impreso en España



Los ángeles del mar es un sentido homenaje a todos aquellos seres entregados en cuerpo y alma al servicio de los más débiles. Vaya desde aquí mi más emocionado recuerdo a quienes se reservan para sí las más arduas tareas de titanes como redentores de la crueldad humana.

ÍNDICE

CAPÍTULO I. EL REFLEJO DEL TIEMPO	9
CAPÍTULO II. DAHUT Y EL BARCO DE LOS SUEÑOS.....	39
CAPÍTULO III. EL PRIMER DÍA EN EL GERIÁTRICO	71
CAPÍTULO IV. BAILANDO CON ÁNGELES	119
CAPÍTULO V. EL ESPÍRITU DE LOS ÁNGELES	151
CAPÍTULO VI. VÍA CRUCIS.....	179
CAPÍTULO VII. EL RENACIMIENTO DE LAS IDEAS	211
CAPÍTULO VIII. LA JUSTICIA DEL DESTINO.....	249
CAPÍTULO IX. LA VERDAD OCULTA.....	281
CAPÍTULO X. DÍAS DE DOLOR Y ESPERANZA.....	323
EPÍLOGO	357

CAPÍTULO I

EL REFLEJO DEL TIEMPO

«Recordar es la única manera de detener el tiempo.»
Jaroslav Seifert

MADRID, JUNIO DE 2012

Era aquel un hospital tan viejo como los recuerdos que me perduraban en la memoria. Teníamos cita a las diez de la mañana y mi hastío iba en aumento a medida que el tiempo se consumía. Sentada en la antecámara de los jueces de la vida, mi inquieta mirada indagó en los miedos de quienes me acompañaban. Nada me conmovía más que la visión de la enfermedad reflejada en el angelical rostro de los niños. Frente a mí, un rubio querubín de apenas diez años me miraba sin pestañear como si robarme los pensamientos pretendiera. Sus almendrados ojos me confesaron que odiaba los temblores que le sacudían en la noche y que le rezaba al Niño Jesús prometiéndole ser su amigo para siempre si se curaba. Por desgracia, su ángel de la guarda no le escuchó llorar al nacer, olvidando bendecirle el alma. Afligido mi corazón, me alejé de sus candorosos ojos por el pasillo de consultas externas para huir de la melancolía. Fue entonces cuando escuché mi nombre en boca de una enfermera de tan quebrada voz y adusto semblante que aterró mis sentidos hasta hacerme creer que me hallaba en los suburbios del infierno.

—¡María Robles! ¡María Robles! —escuché atacada mientras me acercaba a la consulta todo lo rápido que mis piernas me permitían, como si estuviera huyendo del bufido de una terrible bestia.

—Mamá, mamá, te están llamando —me advirtió alborotada Isabel, mi hija.

—Ya voy, ya voy —le respondí con voz temblorosa.

Me adentré junto a mi fiel sombra a la consulta del doctor Sandoval para conocer los resultados de las pruebas que me habían realizado al objeto de diagnosticar las razones de la repentina huida de mi memoria. Caminé dando cortos pasos, como si la intuición se negara a escuchar lo que parecía inevitable.

—Buenos días —nos saludó cortésmente Sandoval, ataviado con su immaculada bata blanca a la que parecía dar vida una elegante corbata azul celeste.

—Hola, doctor. ¿Cómo está usted? —le saludó mi hija cuando él todavía me tenía cogidas las manos.

—Bien, gracias. María —se sentó mirándome fijamente—, tengo los resultados de las pruebas médicas.

—¿Y bien...? —me interesé con la mirada perdida, temiendo afrontar las nuevas que portaba el ángel anunciador.

—Lamento decirle que padece de alzhéimer —sentenció el diagnóstico.

He de decir que el veredicto del destino no me sorprendió demasiado, ya que Sandoval se limitó a dar voz a un presentimiento que venía corroyéndome las entrañas hacía unos meses al sentir que había olvidado tesoros que la memoria había custodiado durante toda una vida.

Mi hija escuchó el veredicto sin apenas inmutarse, ignorando el precipicio en el que me hallaba. ¡Cuántas veces le había llorado a la noche presagiando la penumbra de mi memoria para maldecir la enfermedad que más me horrorizaba! A ella le confesé que prefería morir ahogada en el mar que tanto adoraba que mecerme en sus profundidades contemplando los rayos del sol del cielo acariciados por su cristalina sangre hasta cerrar los ojos y dormirme en paz para siempre. Amaba tanto a Isabel que sufrí más por el daño que le provocaría mi enfermedad que por mí misma. A fin de cuentas, mi vida había estado tan plena de emociones y vivencias que me iría feliz por lo que dejaba atrás.

—Lo siento, María. Los resultados de la gammagrafía, de la tomografía y de la resonancia cerebral son concluyentes. Comprendo que el alzhéimer infunde respeto, pero estamos ante los primeros síntomas, por lo que podemos mitigar sus efectos y retrasar su evolución durante años —enfaticó el doctor Sandoval.

—¿Que mi madre tiene alze... qué? —preguntó Isabel.

—Alzhéimer. Es una enfermedad que ataca la memoria —le precisó Sandoval.

—Siempre has tenido una memoria prodigiosa —recordó ella mientras yo intentaba esclavizar las lágrimas en la prisión de mis ojos.

—El alzhéimer no sabe del pasado de sus pacientes. Como me ha pedido conocer en todo momento su enfermedad, le hablaré claro, María. Los efectos son irreversibles y progresivos, dañando los tejidos cerebrales y afectando a la memoria y a las aptitudes de pensamiento. Deberíamos empezar a medicarla con neurotransmisores para demorar el proceso. También sería recomendable que acudiera por las mañanas a algún centro especializado, donde fomentarían su actividad cerebral...

—¡No quiero abandonar mi casa! —repliqué vehemente, sospechando perder mi vida.

—María, solo se trata de asistir a sesiones con especialistas que la ayudarían a luchar contra la enfermedad. Para entendernos, sería como ir a un gimnasio del cerebro para muscular sus neuronas. Además, es recomendable conservar su rutina y seguir con sus hábitos.

—¿Lo ves, hija? ¿A qué viene esa cara? —inquirí ante su repentina desolación al creer que nos separaríamos.

Isabel me miró como nunca lo había hecho antes. Adiviné en la profunda tristeza de sus violetas pupilas la aflicción que ahogaba su corazón, silenciando sus labios como si la enferma fuera ella y no yo.

La enfermera de Sandoval había extendido mientras tanto las recetas de los fármacos. Con mi hija confundida por la noticia, extendí el brazo y las recogí como si fueran las órdenes de reclutamiento de tropas que enviaban

a una guerra con la misión de salvar una vida sabiendo su fatal destino. Nos despedimos y salimos de la consulta como almas etéreas que deseaban vivir en un tiempo muerto que jamás volvería.

—Mamá, ¿estás enferma? —me preguntó cogiéndome del brazo.

No le respondí porque mi mente ya estaba pensando en cómo vencer la peste de la penumbra. Siempre había sido una persona tenaz que nunca se había arrodillado en la vida y a estas alturas no iba a cambiar.

—Isabel, ¿tienes clases mañana? —le pregunté con expresión risueña.

—Tenía que ir al hospital, pero no es urgente. ¿Por qué me lo preguntas?

—¡Estupendo! Nos iremos de viaje.

—¿Adónde vamos?

—Al geriátrico donde trabajé.

—El médico te ha dicho que es perjudicial cambiar tus hábitos —me recordó ante mi sorpresa.

—Sandoval ha dicho también que es bueno potenciar los músculos del cerebro —añadí convencida.

—¿Y en el geriátrico lo harás?

—Sí y, además, sabrás cosas que nunca me he atrevido a contarte. Esta noche haremos el equipaje y llamaré a una amiga que tengo allí para que alquile una casa.

Isabel me obedeció como una dócil niña a su madre. La amaba tanto que deseaba luchar contra mi enfermedad para continuar junto a ella y no abandonarla en las turbulentas aguas de una existencia que apenas entendía. Creí que había llegado la hora de darle a conocer su pasado, de confesar el nombre de un padre que nunca conoció, de revelar mi historia a un ser menor que sin mí navegaría a la deriva de los crueles mares de la vida. ¡Cuántas veces lloré en la noche el cruel castigo por haber escrito mi vida en renglones torcidos!

La historia de mi desgracia comenzó a escribirse en un hospital privado de Madrid, donde mis padres me ingresaron con apenas veinte años para ocultar la vergüenza y el escarnio de mi embarazo. Mi novio me había dejado al conocer la noticia y regresó para chantajearles, amenazando proclamar mi

maternidad por todo Madrid. Ajena a todo estaba yo, en pleno mono por no haberme metido nada en el cuerpo en los últimos días.

A mi edad, pocas experiencias me quedaban por vivir. Ser madre era una de ellas y, a juzgar por mi desmesurada barriga y las descargas de dolor que recibía, era cuestión de muy poco tiempo.

«¡El panorama no puede ser peor!», pensé mientras me trasladaban del paritorio a planta tras nacer mi hija. Esperé durante horas para soñar con mis padres convertidos en felices abuelos, pero lo único que pude ver de ellos fue un sobre con un talón nominativo de quinientas mil pesetas dibujando un adiós en el aire. Entonces asumí nuestra soledad y que nadie más nos quería en este mundo. Pasaron varias semanas cuando percibí los anárquicos movimientos de mi hija, su ausencia de curiosidad por todo lo que le rodeaba y su incipiente inexpresividad afectiva. Cuando fui informada de su incapacidad psíquica por los médicos, me negué a aceptar la realidad en espera de un milagro que nunca se produjo. Mis noches de abstinencia engendraron días en los que me emocioné al mirar el candor de su rostro, confiando que el cielo me había enviado al más puro de los seres, a un ángel de etéreas alas que iluminaba mi corazón todos los días de mi vida. Gracias a su enfermedad, superé mi dependencia del caballo y me convertí en una madre que prometió olvidar su tormentoso pasado. Si yo le fallaba, no tendría a nadie y jamás me lo perdonaría. Olvidadas por nuestros seres queridos, navegamos por el río de la vida hasta que el destino nos mostró el camino de un mar tan azul como el cielo al que yo me acercaba desde aquel maldito día en el que supe de mi enfermedad.

Desperté de mi viaje al pasado mientras nos acercábamos a la estación de metro de Atocha. Sumergidas en sus serpenteantes galerías colapsadas de gentío, tomamos un tranvía hacia Valdecarros con la suerte de encontrar alivio para mis cansadas piernas gracias a la cortesía de un adolescente que me cedió su asiento. Me bastó una sola mirada alrededor para comprobar que mi desgracia no era la única que el destino había enviado al mundo. Una madre harapienta daba el pecho a su bebé mientras otros tres hijos malolientes no paraban de molestar al resto de viajeros sin que a ella pareciera importarles.

Un grupo de jóvenes góticos presidía el vagón como si fueran los reyes de aquel mundo subterráneo. En el centro, su líder besaba a una de sus lacayas mientras recorría apasionadamente su cuerpo con las manos. Frente a mí, un anciano de poblada barba blanca me miraba con sus tristes ojos buscando compasión y limosna. No quería irme de esta vida con aquellos recuerdos. Mi instinto se rebeló a la idea de dejar en un mundo tan cruel a una hija tan frágil. Por eso me consoló la idea de volver al norte, donde el mar recrea la vista de quien adora la libertad.

El tiempo transcurrió tan fugaz como mi mente deseó. Fue un día para olvidar y también para inmortalizar aquellos recuerdos que todavía conservaba en la memoria como el más preciado de los tesoros.

Amanecía cuando subimos al coche. Contemplé con nostalgia la desoladora estampa de aquellos gigantes de ladrillo olvidados en el mar de soledad engendrado por una crisis que había echado por tierra los grandes proyectos soñados para este barrio del sur de Madrid. A Dios y a todos los santos imploré llegar a Bilbao sana y salva. Con mi hija al volante, estaba en manos de la divina providencia. Debí de hacerlo mucho y bien, pues llegamos al mediodía sin ningún percance.

Paramos a comer y, después de degustar un exquisito café, reemprendimos el viaje hacia el recóndito lugar donde aprendí a vivir entre la muerte y en el que mi alma renació frente a la ruina del pasado. Era tanto el deseo de revivir aquellos años dorados que cerré los ojos para recordar los destellos de mi vida grabados a fuego en el corazón.

—¡Mamá, despierta! Hemos llegado.

—No me grites. Ya te había oído —le regañé a Isabel, ajena a la idea de que jamás podría conciliar el sueño con la angustia de sentirme su pasajera.

Me bajé del coche todo lo rápido que las piernas me permitieron. Una arteria de alquitrán invadida por tres hileras de sangrantes mojones que moría a quinientos metros del geriátrico nos impidió el paso. Elegí adentrarme en los dominios del mar que tantas veces había disfrutado en mi juventud. Pronto los recuerdos se manifestaron en mi mente como fugaces

estrellas. Con la mirada perdida en el cielo que nunca olvidé, vinieron a mí iluminando el camino del tiempo.

Privada de los seres que me concibieron, sufrí el escarnio del olvido y el destierro. Puedo afirmar que el nacimiento de mi hija me salvó la vida y que, gracias a ella, recuperé mi camino lejos de la penumbra.

Con el dinero que mis padres ingresaban en mi cuenta, contraté a una mujer para que cuidara de ella mientras estudiaba enfermería en la Complutense. Fue ese contacto con el mundo de la medicina el que me llevó a conocer a los médicos más aventajados para tratar su enfermedad. Nada más terminar mis estudios, con apenas veintitrés años, fui contratada por el Hospital Gregorio Marañón, donde conviví con enfermos terminales hasta odiar la crueldad de la vida y convertirme a un convencido ateísmo después de contemplar la inmundicia de la condición humana. Nunca olvidaría los gritos en la noche de los que iban a morir en mis brazos, ni las desgarradoras visiones de hombres y mujeres aferrados a la vida que porfiaban por vencer a tan implacable enemigo. Tras ocho años trabajando en el turno de noche, decidí cambiar el rumbo de mi vida. Envié currículos por media España hasta que me llegó una contestación afirmativa de un geriátrico de las cercanías de Bilbao que captó mi interés. Sin nada que perder, acepté el reto de la nueva existencia que me brindaba la quietud de una villa vizcaína abrazada al mar.

Después de tanto tiempo separados, la arena volvía a acariciar mis pies con la misma ternura. Me sentí liberada de nuevo, sin ataduras, ni dolores; liviana como una pluma escoltada por el viento. Caminé lentamente degustando el sabor de mis recuerdos hasta que contemplé al ser que había vencido al tiempo. Ante mí se erigía el coloso monarca dominando en la hermosa bahía de serenas aguas con forma de concha. Su piel reflejaba que sus días de gloria habían pasado, pero la fortaleza de su esqueleto de hormigón armado le mantenía dignamente con vida después de todos sus achaques. Admiré la obra que la mano del hombre había moldeado en su entorno. La carretera por la que tantas veces transité, dormía olvidada en el tiempo, así como el muro rompeolas, que había sido reemplazado por otro vertical retranqueado. Los establecimientos hosteleros habían sido clausurados para recuperar el

antiguo arenal y el paseo peatonal se había ampliado, permitiendo el goce paisajístico de los cientos de transeúntes que fluían por aquella arteria. Fue entonces cuando los recuerdos me abordaron inundándome como estrellas fugaces que anhelé atrapar en las redes de mi mente para nunca liberarlos.

Cerré los ojos respirando el aliento del mar y bailando al son de su orquesta de cascabeles hasta mecirme en la primavera de 1970. En aquel atardecer, el mar reflejaba en sus entrañas. En aquel atardecer, el mar reflejaba en sus entrañas la increíble hermosura multicolor de una naciente noche recreando en la quietud de su ser un cielo de rutilantes estrellas. Al amparo de montañas peinadas por frondosos pinares, una dulce brisa acarició mi rostro dándome la bienvenida. Habría permanecido toda mi vida contemplando aquel idílico ritual entre el día y la noche como una inerte estatua de no ser porque se acercaba la hora de mi reunión con Esteban Iturbe, el director del hospital. Antes de entrar, me detuve unos segundos para admirar la rotundidad de aquel edificio que parecía tan indestructible como un Titanic terrestre. Su albina piel protegía un robusto cuerpo de tres plantas engendrado por varios organismos unidos entre sí por angostas arterias de prominentes ojos orientados sabiamente hacia el mar. Ecléctico, el morador de los sueños me susurró sus anhelos de sumergirse en las profundidades para depositar las aletargadas almas de sus ancianos tripulantes.

Bajé la vista y me acerqué a las escaleras que me llevarían hasta la puerta de entrada del personal en la zona este del edificio. Llamé al timbre con la esperanza de encontrar al otro lado un mundo nuevo donde olvidar el pasado y edificar un tiempo de ilusión. Una monja de impávido rostro se asomó por la puerta.

—Buenas noches —me saludó sin apenas mirarme—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Me llamo María Robles. Tengo una cita con el director para el puesto de enfermera.

—Soy sor Inés. La estábamos esperando —afirmó gesticulando con las manos, invitándome a entrar.

Seguí sus pasos por las amplias galerías que atravesaban las entrañas del geriátrico hasta llegar al despacho del director.

—Aquí es. Siéntese, por favor. Voy a avisar a don Esteban de que ha llegado. Bienvenida, María —se despidió esbozando una tímida sonrisa.

Me senté frente al timón del capitán del barco anhelando que con su pericia navegara por mares donde el sol nunca durmiera y olvidar la pesadilla de sentirme tan desamparada. Mis manos temblaron emocionadas al escuchar unos firmes pasos acercarse a mí.

—Buenas noches. Soy Esteban Iturbe, el director.

Levanté la mirada para dibujar en mi retina al dueño de tan delicada voz, nacida de arpas y violines. Me sonrojé como una inocente niña al contemplar a tan atractivo y elegante hombre.

—Por favor, no se levante —afirmó cortésmente.

Tomó asiento en su puesto de capitán de aquella nave que navegaba en la noche guiada por las estrellas y me miró fijamente antes de simular leer mi hoja de servicios con tanta atención como si nunca antes lo hubiera hecho. Como actor, se hubiera muerto de hambre. Sus ojos apenas podían resistirse a espíarme en silencio mientras fingía yo contemplar aquella decrepita estancia asolada por el tiempo.

Frente a él, las manos me temblaron como si el frío se hubiera apoderado de mi corazón. Sentí pavor pensando que se pudiera percatar de ello, así que las apoyé sobre las rodillas para ocultar mis sentimientos, pero él ya se había apropiado de ellos gracias a la nostálgica mirada que desprendían sus pálidos ojos grises. Como si quisieran hablarme, me indujeron a sumergirme en sus miedos, en la fragilidad de un ser que navegaba a la deriva en busca de sus sueños, de un anhelo del que nunca había gozado hasta entonces. Su mirada hipnótica parecía detener el tiempo, reverdeciendo los recuerdos de una vida que le sometía con sus eternas cadenas. Todo mi cuerpo palpitaba. Mi respiración se agitó como un vendaval para surtirme del aire que tanto ansiaba y mis pechos emergían y se hundían con inusitada virulencia.

Tanto me conmovió la fuerza de aquellas estrellas que me hablaban con tan solo mirarme, que desde aquel preciso instante adiviné la increíble sensibilidad que atesoraba y la acusada fragilidad que le condenaba en vida. Nunca antes había sentido la sensación de intimar así con los sentimientos de una persona nada más conocerla. Esteban desprendía como nadie la tristeza de un solitario corazón que deseaba ser querido por sus semejantes, pero al que nadie admiraba por su peculiar carácter, tan distante como la luna llena que nos iluminaba y por la soledad que arrastra el capitán que debe guiar su embarcación a buen puerto. Pese a todo, fue capaz de ejercer tal poder de atracción sobre mí que empecé a temer por mis propios sentimientos, exaltados como aire poseído por huracanes de sueños y anhelos.

—Enfermera durante ocho años en el servicio de oncología del Gregorio Marañón, ¿verdad? —preguntó entonces alzando su enigmática mirada al tiempo que apoyaba el dedo pulgar de su mano derecha sobre el pómulo y el resto sobre la frente, como hacía Montgomery Clift en *Yo confieso* cuando el asesino se delataba en confesión.

—Sí, es correcto —respondí escuetamente.

—¿Por qué desea trabajar con nosotros, María? —se interesó afilando la mirada de la misma forma que mi idolatrado Monty encarnando al religioso del secreto de confesión.

—Podría responderle lo que tenía pensado para cuando llegara este momento, pero quiero serle sincera. Madrid no era lugar para mí.

—No quiero parecerle atrevido, pero ¿cree que este lugar será conveniente para usted?

—Es un paraíso de paz, justo lo que buscaba. Además, después de ocho años en el turno de noche de oncológicos, era momento de probar otros horizontes —afirmé convencida frente a la atenta mirada de Monty.

—No es muy habitual recibir currículos de Madrid para trabajar aquí.

—Me hago cargo, pero créame, le he dicho la verdad —insistí rotunda.

—Este no es un hospital al uso como el lugar de donde procede. Aquí sufrimos de una gran escasez de medios materiales. Todo lo que puede ver